



www.loqueleo.com

La Dimensión del Olvido

© 2015, Ingrid Abisambra

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Cra. 11A No. 98-50 Of. 501

Bogotá, Colombia

Teléfono +57 1 705 7777

Fax +57 1 705 7777 Ext. 1222

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-83-4

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Buena Semilla.

Primera edición en: febrero de 2015

Primera edición en Loqueleo: diciembre de 2016

Segunda reimpresión en Loqueleo: diciembre de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustraciones:

José Rosero

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

La dimensión del Olvido

Ingrid Abisambra

Ilustraciones de José Rosero

loqueleg

A Oliver y a mis padres

*Llamamos destino
a todo cuanto limita
nuestro poder.*

Ralph Waldo Emerson

Agradecimientos

El escribir una primera novela no es un camino que se recorre solo. Quiero expresar mi agradecimiento a todas aquellas personas que de una forma u otra colaboraron con la realización de esta obra. A mi esposo, Oliver, por su continua motivación, apoyo y amor. Con paciencia y entusiasmo escuchó cada una de mis dudas en el desarrollo de esta historia y me ayudó a resolverlas. A mis padres por el orgullo que sienten y por haber leído el borrador más de una vez, ayudándome con sus comentarios. A mi hermano y su hermosa familia por creer en mí. A mi guía en este camino, Jorge Eduardo Benavides, que con su experiencia como escritor y profesor me brindó los elementos que necesité para ponerle principio y fin a mi novela. A mis amigas Isabel, Charo y Mayte por leer la novela en varios momentos de su evolución, dándome sus percepciones y valiosas correcciones. Y por último, a todas aquellas personas que me inspiraron, me dieron ideas a veces sin que lo supieran, me brindaron sus nombres, sus rostros o su personalidad para darle vida a cada uno de los personajes, en especial a Isabelle, inspiración de mi ninfa.

Prólogo

Gebrayel salió del cuarto sigilosamente. Si Lucio lo hubiese visto, seguramente le habría preguntado a dónde iba en medio de la noche, y lo último que a Gebrayel le interesaba era tener que darle explicaciones. 13

El viento silbaba entre los árboles del bosque y golpeaba las ventanas de la casa, pasando entre los marcos mal ajustados y llenando de corrientes de aire frío las tres pequeñas habitaciones. No le gustaba ese sonido, le parecía macabro y le daban escalofríos. Sacó de debajo de la cama una bolsa en la que había preparado su ropa antes de acostarse y salió a vestirse en la cocina. Se puso los pantalones que antes habían sido de su hermano y que aún le quedaban demasiado grandes. Luego, su único abrigo para el frío que era de una lana burda y gruesa; le picaba la piel donde su suéter no lo cubría. Se calzó las gastadas botas de cuero, se puso los guantes también de lana y, dentro de uno de los bolsillos internos del abrigo, escondió el cuchillo de su padre.

Abrió la puerta muy lentamente para que el chirrido oxidado no despertara a nadie. Una vez afuera, se dio la

vuelta para asegurarse de que no lo estuvieran siguiendo. Vio la luna llena que brillaba amarillenta muy baja en el cielo, parecía querer descolgarse y caminar sobre el techo de su casa. Su casa, pensó con amargura, con esas paredes de madera un poco inclinadas hacia la izquierda que le daban un aspecto aún más lúgubre, y esa cerca tan rota que no servía ya para ningún propósito. Escupió en el suelo, se agachó, cogió una piedra y la lanzó hacia una ventana. Falló apenas unos centímetros y se alivió de no haber golpeado nada, hubiese causado un gran estruendo.

Caminó rápidamente por la angosta calle, pueblo abajo. No había nadie y todo estaba a oscuras. De las pocas farolas que había, menos de la mitad funcionaban y las otras apenas arrojaban una pálida luz haciendo que su sombra se mezclase con el negro de la noche. Llegó hasta el final de la calle y prosiguió por el camino de tierra que llegaba al lago. Se detuvo de repente al escuchar un ruido detrás de él, se dio la vuelta y, al no ver nada, apresuró el paso hasta llegar a la orilla.

El agua estaba tan inmóvil que parecía un espejo puesto allí para reflejar la luz de la luna. En el medio había un cisne negro que se deslizaba silenciosamente. Gebrayel lo miró unos instantes y el cisne se volvió hacia él, extendió las alas y emitió un agudo y espeluznante graznido. Gebrayel no se inmutó, continuó observándolo con intensidad mientras que su corazón latía con fuerza.

—¿Qué haces aquí? Padre te va castigar de nuevo, ¿es eso lo que quieres? —La voz de Lucio a sus espaldas lo sobresaltó y Gebrayel se dio la vuelta apretando los puños.

—¿Por qué me seguiste? ¡Vete! Esto no es asunto tuyo.

Lucio miró a su alrededor, aguzó la vista hacia el lago, pero no había nada ni nadie que le llamara la atención. Dio unos pasos hacia su hermano, se detuvo y lo miró de arriba abajo frunciendo el ceño.

—Sé que te escabulles de la casa desde hace un tiempo —dijo Lucio.

—¿Me has seguido antes? —gritó Gebrayel.

—No. Quise hacerlo pero temía despertar a padre y que se enfureciera. Hoy está demasiado borracho como para darse cuenta de algo. 15

—Lo odio —dijo Gebrayel entre dientes—, ojalá se cayera y se partiera el cuello.

—Le das demasiadas razones para que te castigue.

Gebrayel rio.

—En cambio tú, Lucio, el gran Lucio, el hijo estupendo, insuperable. No haces nada mal ante sus ojos.

—No es verdad, no digas tonterías.

—Me culpa a mí por la muerte de madre. Me lo recuerda todos los días desde hace catorce años.

—Madre murió en el parto, no fue culpa tuya. No debes pensar eso nunca.

—¡Cállate! No necesito de tu pena.

Se quedaron unos instantes en silencio hasta que Gebrayel se dio la vuelta de nuevo hacia el lago. El cisne ya no estaba y se preguntó si podría ser posible que Lucio no lo hubiese visto ni escuchado.

—Me voy —dijo Gebrayel—, quiero descubrir lo que hay más allá de este pueblo miserable. Me siento como un prisionero.

—No puedes irte. ¿A dónde irías?, ¿cómo sobrevivirías? No eres más que un niño.

Gebrayel sintió que las mejillas le quemaban.

—¡No me llames niño! —gritó con furia, metiéndose una mano dentro de la chaqueta.

—¿Qué escondes ahí? —preguntó Lucio.

16 —Tú y padre creen que yo soy débil, que no sé hacer nada. Les voy a demostrar lo contrario.

—Yo no creo que seas débil, ¿de dónde has sacado esa idea? Eres mi hermano pequeño, y te quiero.

—¡Odio que me llames pequeño! ¡Odio que creas que tienes que protegerme! ¡Te odio, Lucio, te odio!

Gebrayel sacó el cuchillo y se lanzó contra su hermano.

—¡Gebrayel! —exclamó Lucio, apartándose rápidamente evitando que lo hiriera—. ¿Qué haces? ¡Detente!

Lucio, que era más grande y fuerte que él, hábilmente lo cogió del brazo y se lo retorció detrás de la espalda hasta que el cuchillo se le cayó de las manos. Luego lo dejó ir, empujándolo hacia adelante.

—No dejaré que te vayas. Soy tu hermano mayor y voy a cuidar de ti. No dejaré que padre te vuelva a golpear nunca más. Te lo prometo.

Gebrayel volvió a reír, era una risa amarga y por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas.

—Es demasiado tarde —dijo cabeceando.

—Si te vas, iré tras de ti.

—¿Cómo un cazador? —preguntó Gebrayel.

Lucio se quedó un momento pensativo, desconcertado ante aquella pregunta.

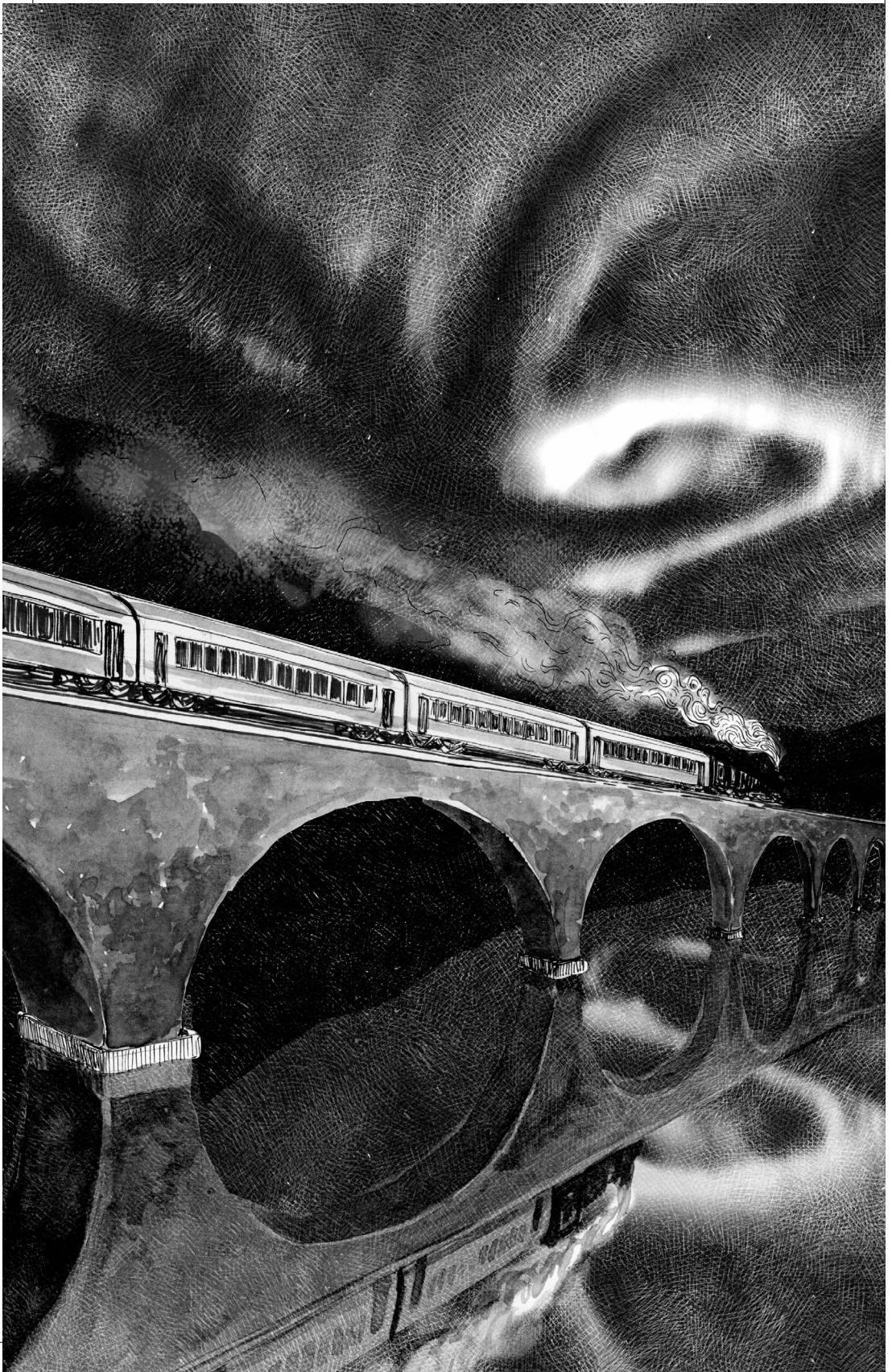
—¿Por qué dices eso? —dijo al fin.

—Por nada, olvídalo.

Lucio se agachó y recogió el cuchillo del suelo. Se lo entregó a su hermano mientras lo miraba directamente a los ojos negros como un abismo sin esperanza, en contraste con los suyos como la miel. Gebrayel se quitó un mechón de pelo de la cara y luego agarró el cuchillo, lo observó unos segundos y volvió a esconderlo dentro del abrigo.

17

Sin decir nada más, Gebrayel se dio la vuelta y sintió la mirada de Lucio sobre él, atravesándolo como una lanza, mientras se alejaba cada vez más hasta adentrarse en el bosque detrás del pequeño lago. Sintió un nudo en la garganta y, cuando supo que su hermano lo había perdido de vista, apretó los puños y empezó a correr.



Primera parte

El viaje

Elena se aferró con fuerza a la barra, puso un pie en el primer escalón del tren y volvió la cabeza para mirar a su madre. Con el rabillo del ojo vislumbró su silueta en la plataforma, sus manos se agarraban temblorosas de un pequeño bolso. Se fijó en su rostro que hoy parecía más envejecido, una lágrima seguramente lo surcaba. “¿Una lágrima de dolor o de felicidad?”, se preguntó. Desde hace un tiempo no podía estar segura. Decidió no quedarse con esa imagen marchita de su madre en la memoria y por eso no se despidió más. 21

Un pitido macabro se burló de Elena. La risa del tren que encendía con furia los motores y el vapor que se escapaba de sus entrañas le advirtieron que no habría vuelta atrás. Caminó por el pasillo, billete en mano, buscando el asiento A28. “Este viaje sin fin, violento, inclemente”, pensó. Descorazonada al ver que tanto el asiento de al lado como los dos de en frente irían ocupados, solo le quedó esperar que por lo menos esta vez *ella* no estuviera. No quiso mirar a sus vecinos a la cara para no dar pie

a conversaciones interminables. Aun así debía asegurarse... No, *ella* no estaba.

—¿Te ayudo, mi niña? —la sobresaltó una voz ronca a sus espaldas.

—No, muchas gracias, no pesa tanto como parece —le contestó al hombrecillo de ojos de gato que le había hablado.

22 Este se volvió a sentar mientras observaba cómo ella intentaba disimular el temblor de sus brazos al levantar la aporreada maleta, luego le sonrió, y al hacerlo Elena vislumbró una dentadura perfecta, demasiado perfecta para su edad, y rematada por dos colmillos animalescos que le sobresalían ligeramente. “¿Cuántos años tendrá? ¿Sesenta, tal vez setenta?”. Las dos mujeres sentadas enfrente se miraron entre sí de reojo alzando una ceja. Elena se dio cuenta de todos estos pequeños detalles pero no les puso atención, solo quería que la dejaran en paz, necesitaba llegar a su destino y tenía que aclarar las ideas. Mil preguntas le rondaban en la cabeza desde hace un tiempo, ¿desde cuándo, desde siempre? “No, desde siempre no”, se dijo con seguridad. Esta sensación casi obsesiva de tener que partir, de tener que llegar a algún lugar, de ir en busca de algo, empezó a asaltarla hacía unos tres meses. Su madre no se había opuesto a que partiera, lo cual le había extrañado. De hecho, previendo el tener que convencerla, había preparado durante días un discurso para explicar sus motivos, motivos que ella misma no entendía, que en parte inventaba para poder justificarse a sí misma, pero cuando llegó el momento de contárselo,